

Cómo juzgar la globalización Amartya Sen*

La globalización se percibe frecuentemente como una occidentalización global. Sobre este punto hay considerable consenso entre muchos de sus proponentes y opositores. Aquellos que tienen una visión optimista de la globalización la ven como una maravillosa contribución de la civilización occidental al mundo. Existe una historia agradablemente estilizada según la cual los grandes avances se originaron en Europa: primero vino el Renacimiento y le siguieron la Ilustración y la Revolución Industrial, y todas estas etapas trajeron como consecuencia más altos niveles de vida en Occidente. Y ahora estos logros se extienden por el mundo. Desde este punto de vista, la globalización no sólo es buena, sino un regalo de Occidente al mundo.

Los campeones de esta lectura de la historia tienden a sentirse molestos, no sólo porque este gran beneficio está siendo visto como maldición, sino porque un mundo ingrato lo está subestimando y castigando.

Desde la perspectiva opuesta, el dominio de Occidente -que a veces se describe como continuación del imperialismo occidental- es el diablo de la ecuación. Según esta visión, el capitalismo contemporáneo, conducido por las codiciosas y abusivas naciones occidentales en Europa y América del Norte, ha establecido reglas de comercio y relaciones empresariales que no sirven a los intereses de los pueblos más pobres del mundo. La celebración de varias identidades no occidentales -definidas por religión (el fundamentalismo islámico), región (el caso del enaltecimiento de los valores asiáticos) o cultura (como ocurre con la glorificación de la ética de Confucio)- puede añadir leña al fuego de la confrontación con Occidente.

¿Es en realidad la globalización una nueva maldición occidental? Lo es y de hecho no es nueva ni necesariamente occidental, toda vez que tampoco se trata de una maldición. Durante miles de años, la globalización ha contribuido al progreso del mundo a través de los viajes, el comercio, la migración, la expansión de influencias culturales y la diseminación del conocimiento y el entendimiento (incluyendo la ciencia y la tecnología).

Estas interrelaciones globales con frecuencia han sido muy productivas en los avances de los diferentes países. No necesariamente han provocado mayor influencia occidental. De hecho, los agentes activos de la globalización frecuentemente se han localizado lejos de Occidente.

Para ilustrar esto, consideremos cómo era el mundo al principio del pasado milenio, en vez de ver sólo el final del mismo. Alrededor del año mil después de Cristo, el alcance global de la ciencia, la tecnología y las matemáticas estaba cambiando la naturaleza del viejo mundo, pero la diseminación de estos elementos en gran medida ocurría en dirección opuesta a la que vemos actualmente.

La alta tecnología a finales del año mil incluía el papel, la imprenta, el arco, la pólvora, la suspensión de puentes mediante cadenas de hierro, la cometa, la brújula magnética, el molino de rueda y la hélice. Hace un milenio estos elementos eran empleados extensamente

en China y eran prácticamente desconocidos en cualquier otro lugar. La globalización los trasladó a través del mundo, incluida Europa.

Un movimiento similar ocurrió con la influencia oriental en las matemáticas occidentales. El sistema decimal surgió y se desarrolló en India entre los siglos II y VI y poco después fue usado por los matemáticos árabes. Estas innovaciones llegaron a Europa durante el último cuarto del siglo X y empezaron a tener impacto real en los primeros años del último milenio, cuando jugaron un papel importante en la revolución científica que contribuyó a transformar Europa.

Los agentes de la globalización no son exclusivamente europeos u occidentales, ni necesariamente van ligados a la dominación de Occidente. Desde luego, Europa habría sido mucho más pobre económica, cultural y científicamente si se hubiese resistido en ese tiempo a la globalización en las matemáticas, la ciencia y la tecnología.

El mismo principio se aplica hoy, aunque en la dirección contraria (de oeste a este). El rechazar la globalización de la ciencia y la tecnología por representar la influencia de Occidente y el imperialismo no sólo equivaldría a ignorar las contribuciones globales provenientes de muchas partes diferentes del mundo que sirven de sólido fundamento a la ciencia y tecnología llamadas occidentales, pero también sería una dudosa decisión práctica, dada la magnitud en la que el mundo entero puede beneficiarse del proceso.

UNA HERENCIA GLOBAL

Al resistir el diagnóstico de la globalización como un fenómeno de origen intrínsecamente occidental, debemos ser desconfiados no sólo de la retórica antioccidental, sino también del chovinismo pro occidental de muchos escritos contemporáneos. Desde luego, el Renacimiento, la Ilustración y la Revolución Industrial fueron grandes avances, que ocurrieron principalmente en Europa, y posteriormente en América.

Sin embargo, mucho de este desarrollo tuvo que ver con experiencias en el resto del mundo y no ocurrieron confinadas dentro de las fronteras de una discreta civilización occidental.

Nuestra civilización global es una herencia mundial no sólo una colección de culturas locales disparadas hacia todas direcciones. Cuando un matemático moderno en Boston invoca un algoritmo para resolver un difícil problema de computación puede no estar consciente de que está contribuyendo a conmemorar al matemático árabe Mohammad Ibn Musa al Khwarizmi, cuyas aportaciones florecieron durante la primera mitad del siglo XIX. Existe una cadena de relaciones occidentales que conecta a los matemáticos de Occidente con una colección de notables practicantes no occidentales entre los que figura Al Khwarizmi. (El término álgebra deriva del título de su famoso libro *Al-Jabr wa al Muqabilah*.)

Desde luego, Al Khwarizmi es uno de los muchos contribuyentes no occidentales cuya obra influyó en el Renacimiento europeo, y posteriormente, en la Ilustración y la Revolución Industrial. Occidente debe tener el crédito completo de esos notables avances ocurridos en

Europa y en América europeizada, pero la idea de una inmaculada concepción occidental es una fantasía imaginativa.

Además de que el progreso global de la ciencia y la tecnología no es un fenómeno encabezado exclusivamente por Occidente, hubo avances fundamentales globales en los que Occidente ni siquiera se ve involucrado. La impresión del primer libro fue un acontecimiento maravillosamente globalizado. La tecnología de la imprenta fue, por supuesto, un avance enteramente de los chinos. Pero el contenido vino de otras partes. El primer libro impreso fue un tratado indio en sánscrito, traducido al chino por un hombre que era mitad turco.

El libro Vajracchedika Prajnaparamitasutra, a veces denominado El diamante sutra, es un antiguo tratado sobre budismo y su traducción del sánscrito al chino, en el siglo V, corrió a cargo de Kumarajiva, erudito mitad indio y mitad turco, quien vivió en la parte oriental de Turkeistán llamada Kucha, pero que más tarde emigró a China. Se publicó cuatro siglos más tarde, en el año 868 dC. Este proceso que involucró a China, Turquía e India es globalización, y en él Occidente brillaba por su ausencia.

INTERDEPENDENCIAS GLOBALES Y MOVIMIENTOS

El diagnóstico erróneo de que las ideas y prácticas forzosamente deben resistirse a la globalización, pues ésta implica la temida occidentalización, ha jugado un papel sumamente regresivo en el mundo colonial y pos colonial. Esta aseveración incita tendencias sectarias y socava la posibilidad de la objetividad en la ciencia, el conocimiento. No sólo es contraproducente en sí misma, dadas las interacciones globales que ha habido a lo largo de la historia, sino que también provoca que se den un tiro en su propio pie, en su precioso pie cultural.

Consideremos la resistencia de India a utilizar ideas y conceptos occidentales en ciencias y matemáticas. En el siglo XIX este debate se enmarcaba en una controversia más amplia sobre la educación occidental versus la educación autóctona india. Los "occidentalizadores", como el cuestionable Thomas Babington Macaulay, no encontraban mérito alguno en la tradición india. "Nunca he encontrado entre ninguno de los defensores de la tradición india uno solo que me hiciera dejar de pensar que un solo estante de una buena biblioteca europea vale lo que toda la literatura india y árabe junta", declaró. En parte como respuesta a esto, los defensores de la educación autóctona se opusieron a toda importación occidental.

Ambos bandos, sin embargo, aceptaron muy rápidamente la dicotomía fundamental entre las dos civilizaciones dispares.

Las matemáticas europeas, con su utilización de conceptos orientales como el de "seno", fueron vistas únicamente como importación "occidental". De hecho, en el siglo V, el matemático indio Aryabhata había disertado sobre el concepto de seno en su obra clásica sobre astronomía y matemáticas en el año 499 dC, llamándolo por su nombre en sánscrito *jya-ardha*, y posteriormente *jaib*, que significa "bahía o ensenada". Esta es la raíz de la

palabra moderna "seno". El concepto cerró un círculo completo: salió de India y regreso ahí.

Ver la globalización simplemente como imperialismo occidental sobre las ideas y las creencias (como con frecuencia lo sugiere la retórica) sería un error grave y costoso, como también lo hubiera sido cualquier oposición europea a la influencia oriental al inicio del último milenio.

Desde luego, hay temas referentes a la globalización que están relacionados con el imperialismo (la historia de las conquistas, del colonialismo y de los gobiernos externos que prevalecen de muchas formas hasta hoy), y la comprensión poscolonial del mundo tiene sus méritos. Pero sería un gran error ver la globalización fundamentalmente como característica del imperialismo. Es mucho más grande e importante que eso.

El tema de la distribución de las ganancias y pérdidas económicas resultantes de la globalización es una cuestión que permanece totalmente aparte, y debemos referirnos a ella como algo posterior y extremadamente relevante. Existen amplias evidencias de que la economía global ha llevado prosperidad a diferentes áreas del mundo.

La pobreza omnipresente dominó el mundo hace unos siglos; había sólo unos cuantos y muy raros reductos de riqueza. Para vencer esa penuria, las relaciones económicas extensivas y la tecnología moderna han sido y siguen siendo de vital influencia. Lo que ha ocurrido en Europa, América, Japón y en el este asiático tiene importantes mensajes para todas las demás regiones, y hoy en día no podemos llegar muy lejos en el entendimiento de la naturaleza de la globalización sin primero reconocer los frutos positivos de los contactos económicos globales.

Ciertamente, no podemos revertir el predicamento económico en el que viven los pobres del mundo manteniendo fuera de su alcance las grandes ventajas de la tecnología contemporánea, la bien establecida eficiencia del comercio y el intercambio internacionales, ni los méritos sociales, al igual que económicos, de vivir en una sociedad abierta. Más bien el tema principal es: ¿cómo usar correctamente los singulares beneficios del concierto económico y el progreso tecnológico de manera tal que se preste la atención debida de los intereses de los desposeídos y desamparados? Yo argumentaría que ésa es la pregunta constructiva que emerge de los llamados movimientos antiglobalización.

¿ESTAN LOS POBRES CADA VEZ MAS POBRES?

El reto principal se relaciona con la falta de equidad tanto nacional como internacional. Las perturbadoras desigualdades incluyen disparidades en la riqueza y también grotescas asimetrías en las oportunidades y en el poder. Una cuestión crucial se refiere a la repartición de las ganancias potenciales de la globalización entre países ricos y pobres, y entre diferentes grupos de una misma nación. No es suficiente entender que los pobres del mundo necesitan la globalización tanto como los ricos; también es importante asegurarse de que obtendrán lo que necesitan. Esto puede requerir una extensa reforma institucional, aun si se está en favor de la globalización.

También existe la necesidad de que haya mayor claridad en la formulación de cuestiones relacionadas con la distribución. Por ejemplo, con frecuencia se argumenta que los ricos se vuelven más ricos y los pobres más pobres. Pero esto no ocurre de manera uniforme, aunque existen casos en que así ha ocurrido. Mucho depende de la región o el grupo que hayan sido elegidos como indicadores de la prosperidad económica. Mas intentar achacar esto a los efectos nocivos de la globalización es caminar sobre un débil argumento y produce una crítica particularmente frágil.

De otro lado, los apologistas de la globalización señalan en su beneficio la convicción de que los pobres que participan en el comercio y el intercambio se están volviendo, en su mayoría, más ricos. Ergo ¿según este argumento? la globalización no es injusta para los pobres, porque también se benefician. Si la relevancia central de esta aseveración es aceptada, entonces todo el debate se dirige a determinar cuál de los dos bandos posee la respuesta empírica correcta. Pero, para empezar, ¿estamos en el campo de batalla correcto? Yo diría que no.

JUSTICIA GLOBAL Y EL PROBLEMA DE LA NEGOCIACION

Aun si los pobres estuvieran volviéndose un poco más ricos, eso no implicaría necesariamente que estarían obteniendo la parte justa que les corresponde de los vastos beneficios de las interrelaciones económicas globales. Para rebelarse contra la pobreza extrema y las crecientes desigualdades que caracterizan el mundo contemporáneo ¿o para protestar por la distribución injusta de los beneficios de la cooperación global? no es necesario mostrar que la desigualdad masiva o la injusticia distributiva también están creciendo al margen. Este es un tema totalmente independiente.

Cuando se producen ganancias a raíz de la cooperación, existen muchos arreglos posibles. Como decía el teórico del juego de azar y matemático John Nash hace más de medio siglo (en El problema de la negociación, publicado en 1950 y que fue citado, entre otros escritos, por la Real Academia de Ciencias cuando su autor obtuvo el Nobel de Economía), el punto central no es, en general, si un arreglo particular es mejor para todos que la ausencia total de cooperación, sino si hay o no una división justa de los beneficios. Uno no puede revivir las críticas de que un arreglo distributivo es injusto simplemente señalando que las partes están mejor que si no hubiera cooperación alguna. El verdadero ejercicio es reconocer las opciones que existen entre las distintas alternativas.

LA ANALOGIA DE LA FAMILIA

Como analogía, para argumentar que una organización familiar es inequitativa y sexista, y por tanto injusta, uno no demuestra que las mujeres estarían comparativamente en mejores condiciones si no existieran las familias, sino que debe argumentar que la repartición de beneficios es sumamente desigual en ese arreglo particular. Antes de que la igualdad de los sexos se convirtiera en preocupación abierta y explícitamente reconocida (en décadas recientes) hubo intentos de desestimar el tema de la injusticia en la organización familiar sugiriendo que las mujeres no tenían que vivir en familia si consideraban que el trato era injusto. También se argumentaba que dado que mujeres y hombres se beneficiaban de la vida en familia, el acuerdo existente no podía ser injusto.

Pero aun cuando se aceptara que tanto hombres como mujeres tradicionalmente obtenían alguna ganancia de vivir en familia, la pregunta sobre distribución justa prevalece. Existen muchos acuerdos posibles, comparados con la ausencia total de familia, que cumplirían el requisito de que la familia beneficiara tanto a hombres como a mujeres. Pero la cuestión real es ¿qué tan justamente quedan distribuidos los beneficios en estos arreglos?

De la misma forma, uno no puede acusar al sistema global de injusticia demostrando tan sólo que hasta los más pobres ganan algo de los contactos a nivel global y que por eso, necesariamente, no se vuelven más pobres.

La respuesta puede o no ser correcta, pero el tema no es si los pobres se vuelven marginalmente más pobres o más prósperos, ni si están mejor que si vivieran totalmente excluidos de las interacciones globalizadoras.

De nuevo, la pregunta fundamental versa en torno a la distribución de los beneficios de la globalización. Por esto muchos activistas antiglobalización, que buscan un arreglo más favorable para los desposeídos, no contradicen su propia retórica ni las opiniones que otros ¿que son verdaderamente globalifóbicos? les atribuyen. También por esto no existe contradicción real en el hecho de que las así llamadas protestas antiglobalización se han convertido en el acontecimiento más globalizado del mundo contemporáneo.

ALTERANDO LOS ARREGLOS GLOBALES

Sin embargo ¿pueden esos grupos menos privilegiados lograr una mejor oferta de las globalizadas relaciones económicas y sociales, sin participar de la economía de mercado en sí? Desde luego que pueden. El uso de la economía de mercado es compatible con muchos modelos de propiedad, de condiciones de venta, de distribución de ingresos y, en general, puede diversificar los resultados finales de cualquier transacción. Los arreglos que conciernen a la seguridad social y otras formas de intervención pública también pueden modificar los resultados de los procesos de mercado y, juntos, pueden provocar distintos niveles de desigualdad y pobreza.

La pregunta central no es si debe o no usarse la economía de mercado; la pregunta superficial tiene una respuesta sencilla porque es difícil lograr la prosperidad económica sin hacer un uso extensivo de las oportunidades de intercambio y especialización que ofrecen las relaciones de mercado (ejemplos de esto son la forma en que se distribuyen los recursos materiales, el modo en que se desarrollan los recursos humanos, las reglas que rigen las relaciones empresariales, los arreglos de seguridad social que existen en un lugar determinado, entre otros elementos). Estos factores conducentes dependen de manera crítica de las instituciones económicas, sociales y políticas que operan nacional y globalmente.

El papel crucial de los mercados no reduce a otras instituciones a la insignificancia, ni siquiera en términos de los resultados que la economía de mercado puede producir. Como se ha demostrado ampliamente en estudios empíricos, los resultados del mercado se ven enormemente influenciados por las políticas públicas en cuanto a educación, epidemiología,

reforma agraria, facilidades de microcrédito, protección legal apropiada, etcétera. Y en cada uno de estos rubros hay labores que hacer a través de la acción pública, que puede alterar radicalmente el resultado local y global de las relaciones económicas.

INSTITUCIONES E INEQUIDAD

La globalización tiene mucho que ofrecer, pero aun cuando la defendamos, también debemos reconocer, sin caer en la contradicción, cuán legítimas son muchas de las preguntas que formulan los activistas antiglobalización. Debe de haber una malinterpretación de dónde radican los problemas (y no es en la globalización como tal). En todo caso, las preocupaciones éticas y humanas que generan estas preguntas exigen un análisis serio de qué tan eficientes son los arreglos institucionales a nivel nacional y global que caracterizan el mundo contemporáneo, así como la forma de la economía globalizada y las relaciones sociales.

El capitalismo global está mucho más preocupado por extender su dominio de las relaciones comerciales que, por ejemplo, por establecer la democracia, universalizar la educación básica o mejorar las oportunidades sociales de los más pobres. Dado que la globalización de los mercados es, en sí misma, un acercamiento muy ineficaz hacia la prosperidad mundial, existe la necesidad de ir más allá de las prioridades conocidas para encontrar una expresión de ella dentro del enfoque elgido por el capitalismo mundial.

Como lo ha señalado George Soros, los intereses de las empresas internacionales con frecuencia muestran su predilección por trabajar en autocracias ordenadas y altamente organizadas, y no en democracias menos estructuradas como regimiento, en las que además hay activismo, y esto puede ser una influencia recesiva en el desarrollo igualitario.

Más aún, las firmas multinacionales pueden ejercer su influencia hacia las prioridades del gasto público en países menos seguros del tercer mundo, al dar preferencia a la seguridad y la conveniencia de las clases que los administran y de sus trabajadores privilegiados para eliminar el analfabetismo extendido, la falta de atención médica y otras adversidades de los pobres.

Estas posibilidades, por supuesto, no imponen una barrera insalvable al desarrollo, pero es importante asegurarse de que esas barreras insalvables sean vencidas.

OMISIONES Y COMETIDOS

Las injusticias que caracterizan al mundo están íntimamente relacionadas con una serie de omisiones que debemos mencionar, y que tienen que ver en particular con los arreglos institucionales. He tratado de identificar algunos de los principales problemas en mi libro *El desarrollo de la libertad* (Knopf, 1999). Las políticas globales juegan un papel en este aspecto al contribuir con el desarrollo de instituciones nacionales (por ejemplo, defendiendo la democracia y apoyando las instituciones escolares y de salud), pero también existe la necesidad de reexaminar qué tan adecuados son en sí mismos estos arreglos institucionales.

La distribución de los beneficios en la economía global depende, entre otras cosas, de una variedad de arreglos institucionales, incluidos los que se refieran a condiciones equitativas de comercio, a intercambios educativos, a mecanismos para extender los avances tecnológicos, implementar límites de protección del medio ambiente y recursos ecológicos, y un trato justo a las deudas acumuladas, que fueron provocadas por irresponsables regímenes militares del pasado.

Además de las omisiones que ocurrieron en un momento dado, y que deben rectificarse, existen serios problemas que deben ser tomados en cuenta aun en la más elemental ética global. Entre ellos se cuentan no sólo ineficientes e inequitativas restricciones en el comercio que reprimen las exportaciones de los países pobres, sino también leyes de patente que restringen el uso de medicamentos que pueden salvar vidas ¿como ocurre con enfermedades como el sida? y que además no contribuyen a incentivar la investigación médica encaminada al desarrollo de medicinas no repetibles (como en el caso de las vacunas). Estos temas han sido discutidos de manera aislada, pero también debemos señalar cómo embonan en el patrón general de arreglos nada útiles que socavan todo lo que la globalización puede ofrecer.

Otro cometido global, menos discutido, que también causa inmensa miseria y privaciones permanentes, es el involucramiento de los poderes mundiales en el comercio globalizado de armas. Este es un tema en el que se requiere urgentemente una nueva iniciativa global, que vaya más allá de la necesidad ¿la muy importante necesidad? de combatir el terrorismo, en el cual se concentran muchas opiniones en este momento. Guerras locales y conflictos militares, que tienen consecuencias muy destructivas (sobre todo sobre las perspectivas económicas de los países pobres), que se reflejan no sólo en tensiones regionales, sino también en el comercio global de armamento.

Las clases dirigentes del mundo están firmemente relacionadas con este negocio: los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas en su conjunto fueron responsables de 81 por ciento del total mundial de exportaciones de armas desde 1996 hasta 2000. Y desde luego, los líderes mundiales han expresado su honda frustración hacia la "irresponsabilidad" de los activistas antiglobalizadores, que son precisamente países que encabezan este terrible comercio y los que más se enriquecen con él.

Los países del Grupo de los Ocho vendieron 87 por ciento del total de armas que se exporta a todo el mundo. La parte que de esto le corresponde sólo a Estados Unidos se ha incrementado en casi 50 por ciento en las ventas mundiales. Más aún: cerca de 68 por ciento del total de las exportaciones de armas estadounidenses ha ido a parar a países en desarrollo.

Estas armas son empleadas con sangrientos resultados y devastadores efectos en la economía, la política y la sociedad. En cierto sentido, ésta es la continuación del papel inútil que han jugado los poderes mundiales en la génesis y el florecimiento del militarismo político en Africa, a partir de los años 60 hasta los 80, cuando la guerra fría se hizo en ese continente. Durante esas décadas, caudillos militares como Mobuto Sese Seko, Jonas Savimbi o quien fuera daban al traste con los arreglos sociales y políticos (y, a final de cuentas, también con el orden económico) en Africa, pero podía confiar en el apoyo ya

fuera de Estados Unidos y sus aliados o de la Unión soviética, dependiendo de sus alianzas militares.

Los poderes mundiales tienen inmensa responsabilidad en el retroceso de la democracia en Africa, así como en todas las consecuencias negativas de gran alcance que tuvo dicha subversión.

El posterior mangoneo que han tenido hacia los países que les compran armas les da un poder continuado en la escalada de los conflictos bélicos de hoy en día; en Africa o en cualquier otro lugar. La negativa de Estados Unidos a adoptar medidas enérgicas contra las exportaciones de armas, y aun a imponer restricciones sobre las ventas menores de armamento ilícito, como sugirió Kofi Annan, ilustra las dificultades en torno al tema.

COMPARTIR EQUITATIVAMENTE LAS OPORTUNIDADES GLOBALES

Para concluir: confundir globalización con occidentalización es no sólo una visión antihistórica, sino que distrae la atención de los muchos beneficios potenciales de una integración global. La globalización es un proceso histórico que ha ofrecido abundantes oportunidades y recompensas en el pasado y que continúa haciéndolo hoy. La misma existencia de enormes beneficios potenciales es lo que hace que el tema de la distribución equitativa de estos beneficios sea de importancia crítica.

La cuestión central de la disputa no es la globalización en sí, ni tampoco el uso de los mercados como institución, sino la falta de equidad en el balance total de los arreglos institucionales, lo que provoca una distribución muy desigual de los beneficios de la globalización.

La pregunta no es solamente si los pobres también ganarán algo con la globalización, sino si pueden obtener su parte justa de la ganancia y oportunidades igualmente justas. Existe una urgente necesidad de reformar las disposiciones institucionales ¿al igual que las instituciones nacionales? con el fin de vencer los errores de omisión y de obra que tienden a dar a los pobres del mundo oportunidades tan limitadas. La globalización merece una defensa razonada, pero también necesita reformas.

Traducción: Gabriela Fonseca

* El autor obtuvo el Nobel de Economía en 2000. El artículo aquí reproducido es con el permiso de The American Prospect, edición invierno de 2002